

Se ha dicho, con razon, que «San Pedro es una especie de ciudad aparte, comprendida en la ciudad eterna, con su clima y su temperatura propios, con su luz particular; tan pronto desierta, como visitada por caravanas de viajeros, ó poblada por una inmensa muchedumbre que acude á las ceremonias religiosas... (En algunos jubileos ha llegado á cuatrocientosmil el número de peregrinos que han entrado en Roma.)—*San Pedro* tiene sus aljibes de agua, sus caminos ó rampas por las que pueden subir hasta la plataforma bestias cargadas, y su poblacion fija que vive en las azoteas. Los *San-Petrini*, obreros encargados de la conservacion de un edificio tan precioso, se suceden de padres á hijos y forman una corporacion con sus leyes especiales y su policia.»

Tambien se ve desde allí toda la ciudad de Roma, esto es, la antigua y la moderna; lo mismo el Capitolio que el Quirinal; así las cuatrocientas iglesias cristianas, como los arcos, obeliscos, pórticos y templos de la gentilidad...—Aquí el Pantheon; allí el Coliseo; allá la Columna-Trajano; acullá el Tiber con sus cinco puentes (uno de ellos colgante), con sus barcas, sus muelles, sus puertos... En este lado la *Ciudad Leonina*, el Vaticano, los Jardines Pontificios, el Castillo de Sant-Angelo, el Pincio, la Villa Borghesse... En aquel otro el Trastevere, las Termas de Caracalla, las de Tito; San Sebastian (donde se halla la entrada en las *Catacumbas*, á las cuales ardo en deseos de bajar y bajaré muy pronto); los cementerios católico, judío y protestante (pues en Roma hay tolerancia religiosa); la inmensa *Basilica de San Pablo*, pretenciosa rival de la de San Pedro; los Acueductos; la *Via-Appia*, trazada por dos hileras de tumbas; los melancólicos despoblados de la campiña romana; los montes de la Sabina, los montes Albanos, la oscura selva de *Laurentum*, y mil pueblecillos en torno á la desierta llanura, y ruinas en medio de esta, y pantanos á lo lejos, y el ferro-carril de Civita-Vecchia, y por último, en lontananza... la línea horizontal del Mediterráneo...—¡Qué panorama! ¡Qué mundo de recuerdos! ¡Qué abismo de meditaciones!

Tal ha sido mi primera visita á *San Pedro*.—Pasado mañana veremos la gran Basilica durante una de las mas solemnes ceremonias de la iglesia.—Tengo para mí que la carta que te escriba entonces, ha de interesarte mucho mas que la que aquí termina. ¡Co no que en aquella podré describirte á Pio IX y á todo el clero romano!

IV.

El Monte Janículo.—La celda en que murió *Tasso*.—El Pantheon.—El Pincio.—La aristocracia seglar de Roma.—Puesta de sol.—Tertulia española.

El mismo día 23 á las nueve de la noche.

No satisfecho todavía con la gran vista panorámica de Roma que disfruté esta mañana desde lo alto de la cúpula de San Pedro, he pasado despues toda la

tarde corriendo de cumbre en cumbre y cebando mis ojos en la contemplacion de la ciudad eterna, cuyo aspecto general quiero grabar en mi alma con indelebles caracteres antes de descender al estudio interior y observacion minuciosa de sus iglesias, palacios, museos, ruinas y demás monumentos que la decoran.

Animado por esta idea, principié mi expedicion esta tarde haciéndome conducir á la cima del *Monte Janículo*, la mas alta de las diez colinas (no siete) sobre que se levanta Roma.

El *Monte Janículo*, llamado hoy mas comunmente *Montorio* (monte de oro) del color de sus arenas, se estiende entre el *Monte Vaticano* y el *Monte Aventino*, á lo largo de la orilla derecha del Tiber.

Para llegar á su cumbre, hube de pasar cerca de la iglesia y convento de *San Onofrio*, donde murió *Torcuato Tasso*; y como aquel sea un sitio muy apartado del centro de Roma, aproveché la ocasion (por si no se me presentaba otra tan favorable) de visitar la celda inmortalizada por los infortunios del célebre poeta.

Un fraile gerónimo sumamente jóven, perteneciente á la comunidad que habita hace tres siglos aquella piadosa casa, me hizo los honores de ella, explicándome las menores circunstancias de los últimos dias de *Tasso*.

La celda se halla en el mismo estado en que la vió el cantor de las Cruzadas al lanzar el último suspiro.

Allí se encuentran su papelera, su sillón, un vaso antiguo de barro que habia siempre en su mesa, el Crucifijo de bronce que estrechó entre sus manos al espirar, el espejo que copió su imágen...—imágen que pasó por él como una nube por el cielo...

Algunas banderas de los cruzados, coronadas de laureles que se renuevan de tiempo en tiempo, adornan una de las paredes...

En otra parte se ve la mascarilla modelada sobre el rostro exánime del infortunado *Torcuato*.

El yeso repitió fielmente la horrible demacracion de las facciones del tísico... Y ¡cuán dolorosa es la expresion de aquellas mejillas hundidas, de aquella frente atormentada!

Sobre la papelera hay un tintero...

Es el mismo que usó *Tasso* durante los treinta y cinco dias que moró en aquella estancia!

Yo miré el fondo vacío de aquella fuente agotada, y pensé en las canciones, en los poemas, en los mundos de hermosura que se habian secado al secarse la tinta que no estrajo de allí la pluma del poeta.

De otra pared penden dos cuadros que encierran dos cartas autógrafas del cantor de *Aminta*.—Son sus últimos escritos.

Una de ellas, trazada por la insegura mano del moribundo la vispera de su tránsito á la otra vida, dice de esta manera:

»A mi amigo Antonio Costantino.

»¿Qué dirá el señor Antonio cuando sepa la muerte de su Tasso? Y en mi opinión, no tardará mucho la noticia, pues me siento al fin de mi vida; que nunca pudo encontrarse remedio á esta fastidiosa indisposicion que ha sobrevenido á mis otros males crónicos, á la manera de rápido torrente, por el cual, sin poderme detener un punto, me veo claramente arrebatado.—No es tiempo ya de que hable de mi obstinada suerte, por no decir de la ingratitud del mundo, que ha querido obtener la victoria de conducirme mendigo á la sepultura, cuando yo pensaba que la gloria que, pésele á quien le pese, darán á este siglo mis escritos, no me dejaría al cabo sin galardón alguno.—Me he hecho conducir á este monasterio de San Onofre, no solo porque los aires que aquí se respiran están reputados por los médicos como los mejores de Roma, sino por principiar desde este elevado sitio, y con el trato de estos devotos padres, mi conversacion con el cielo. Rogad á Dios por mí, y estad seguro de que del mismo modo que os he amado y honrado en la presente vida, os amaré y honraré en la otra mas verdadera (lo cual es propio de una no fingida, sino sincera caridad), recomendándoos y recomendándome á la Divina Gracia.

»TORCUATO TASSO.»

Así viene á estar concebida aquella sublime carta, que he traducido apresuradamente, sentado en el mismo sillón en que la escribió el poeta.

Entre tanto, el jóven gerónimo me contaba, como si la hubiera visto por sus propios ojos, la vida que llevó Tasso mientras vivió con la comunidad.

La ventana de la celda da á la huerta del convento y deja ver además un estenso panorama que comprende la mayor parte de Roma.

—Allí se sentaba á descansar, me dijo, señalando á un paraje de la huerta en que se veía un enorme tronco sin ramas. Allí habia una hermosa encina, que yo he conocido, pues solo hace diez y seis años que la abrasó el fuego del cielo... Allí escribió su último soneto á *Eleonora*. La mayor parte del día la pasaba en la iglesia... ¡Ay! Cuando vino á pedirnos hospitalidad, ya estaba muerto. Sin embargo, nosotros hicimos por él todo lo que pudimos.

Este nosotros, dicho por un jóven, refiriéndose á lo que sus hermanos de religion hicieron hace dos siglos y medio, me impresionó vivamente.—Parecia que el Tasso acababa de morir, ó que el tiempo no habia corrido para aquellos lugares desde el momento en que espiró el poeta.

Creo inútil decirte que al través de aquella celda recordaba mi imaginacion la ciudad de *Ferrara*, mi visita al *Castello* de los Este, y aquella leñera del *Hospital de Santa Ana*, donde estuvo prisionero mas de siete años el ilustre cantor de Godofredo...

Pero al mismo tiempo pensaba en que el cadáver del poeta, del loco, del mártir, fué á la tumba coronado con el laurel divino..., ceñido á sus marchitas

sienes por la mano piadosa del papa Clemente VIII.—¡Tardío; pero noble y sagrado galardón de su genio y de sus dolores!

Abajo, en la iglesia del monasterio, se halla el monumento levantado recientemente por Pio IX, en nombre de nuestro siglo, sobre la losa que cubre las cenizas de Torcuato.

La estatua del creador de *Reinaldo* tiene en la mano la *Gerusalemme liberata*, abierta por la primera página, leyéndose en el mármol y en letras de oro los dos versos con que principia el poema:

Canto l'armi pietose, e 'l Capitano
che 'l gran Sepolero liberó di Cristo.

Una vez fuera de San Onofre, seguí subiendo el Monte Janiculo hasta llegar á su cumbre, donde se halla la *Fuente Paulina*, llamada así por ser obra de Pablo V.

Roma es la ciudad mas rica de agua potable de todo el universo, y aquella cuyas fuentes públicas son mas caudalosas.

Ya te dije anoche que por la fuente *Trevi* corre todo un río, llamado *Acqua Vergine* (agua virgen).—Por la *Fuente Paulina*, que se encuentra á 64 metros sobre el Tiber, fluye la *Acqua Paola*, que viene de los lagos *Bracciano* y *Martignano*, muy distantes de Roma, por medio de colosales acueductos.—Entra además en Roma la *Acqua Felice*, llamada así del primitivo nombre de Sisto V (*Felice Montalto*).

Los acueductos que conducen por los aires estos tres ríos á la cumbre de las colinas mas altas de la ciudad eterna, suman una longitud de 27 leguas, calculándose en ciento ochenta mil quinientos metros cúbicos el volúmen del agua que derraman por mas de cien fuentes, casi todas monumentales.

Pues asómbtrate: este caudal no es sino la décima parte del que surtia las fuentes de la antigua Roma. Entonces eran diez los acueductos, y producian un millon trescientos mil metros cúbicos de agua cada veinte y cuatro horas.

El agua de la *Fuente Paulina* es la mitad de la que viene de los lagos citados, y sin embargo, despues de volcar su volúmen en aquella altura, cual si fuese un simple adorno de un ocioso monumento, baja á la ciudad, poniendo en movimiento veinte y dos fábricas, alimentando muchas fuentes públicas y particulares y yendo á parar al Tiber.—La otra mitad del *Acqua Paola* desciende al Vaticano, surte el palacio de los Papas, riega sus jardines, aparece en las dos fuentes de la plaza de San Pedro y ocurre á todas las necesidades del *Borgo Nuovo*.

En cuanto á la vista de Roma que se disfruta desde la *Fuente Paulina*, baste decirte que me maravilló sobre manera, á pesar de haberme asomado pocas horas antes á lo alto de la Cúpula.

Cerca de la fuente, y por debajo de ella, se encuentra la célebre iglesia de *San Pedro in Montorio* en una deliciosa posicion. Dicha iglesia fue construida

por nuestros *Reyes Católicos* y adornada por Felipe III de Austria.—Los muros



Campechina romana.

del templo padecieron mucho en 1849 cuando los franceses sitiaron á Roma, defendida por Garibaldi.

Del *Monte Janículo* bajé al *Trastevere*, al barrio clásico de la plebe romana, habitado por una raza fuerte, viciosa, iracunda, medio cristiana y medio idólatra, indolente, guerrillera, papal y republicana á un tiempo mismo; que jura *per Baco* y lleva en el puñal una efigie de María Santísima; nunca ladrona, pero que te asesinará por el más fútil motivo; gran jugadora de naipes y de lotería; pintorescamente vestida con su capa melodramática y su sombrero puntiagudo...—raza envilecida; que conserva en su fisonomía y en sus pasiones algo de la antigua Roma...—hijos póstumos de la Loba, gobernados por un Cordero.

Todos estos caracteres de la plebe romana se advierten á primera vista, y sobre todo penetrando, como yo he penetrado esta tarde, en las tabernas en que se reúnen los *trasteverinos* á jugar, á beber, á maldecir y á matarse.—En una de aquellas tabernas permanecí media hora; fumándome filosóficamente un *cavour* y reparando mis fuerzas con un esquisito *montefascone* y unos pasteles que me han recordado el alcuzcuz de Marruecos.—¡Qué tipos he visto! ¡Qué conversaciones he oído! ¡Qué juramentos! ¡Cómo se enseñaban los puños aquellos hombres! ¡Cómo se amenazaban! ¡Cómo reían! ¡Qué barbas! ¡Qué ojos! ¡Qué voces! ¡Qué gestos! ¡Qué tinieblas morales (por decirlo así) en aquella atmósfera de humo de tabaco! ¡Qué pasión en medio de todo!

Al pasar despues por la plaza principal del barrio, me detuve un momento ante la insigne basilica *Santa María in Trastevere*, la primera iglesia, segun la tradicion, en que celebraron públicamente su culto los cristianos de Roma. La primitiva basilica fue edificada al año 222 sobre las ruinas de un hospital de inválidos, *Taberna Meritoria*. Luego fue destruida cuando las grandes persecuciones contra los cristianos; levantada otra vez en épocas de tolerancia; derribada de nuevo; vuelta á construir; y finalmente agrandada y embellecida por muchos pontífices.

Hoy es uno de los templos predilectos de los devotos de Roma.

Empezaba á declinar el sol, y yo queria terminar la tarde en el *Monte Pincio*.—Dejé, pues, el *Trastevere* por el *Ponte-Sisto*, construido sobre los pilares de otro, debido á Marco-Aurelio, y me encaminé hácia el Norte, por un dédalo de callejuelas, seguro de salir á terreno conocido.

Pronto me encontré en la plaza del *Pantheon* ó sea de la *Rotonda*, nombre que lleva tambien aquel magestuoso monumento, el mas completo y acaso tambien el mas noble y sublime que nos ha legado la antigüedad.

El *Pantheon* (su nombre lo dice) fue un templo levantado á *todos los dioses*. Edificóse á espensas de Agripa, en tiempo de Augusto, algunos años antes de la venida de Jesucristo.—Hoy es un templo católico, llamado *Santa María de los Mártires*.

Nada mas sencillo ni mas grandioso al mismo tiempo que el *Pantheon de Agripa*. En él, solo hay que admirar dos cosas: el pórtico que lo precede, y la nave circular (la *Rotonda*) á que se reduce todo el edificio.

El pórtico se compone de diez y seis gallardas y gigantescas columnas de

granito oriental, cada una de una sola pieza. El tamaño de estas columnas es de 14 pies de circunferencia por 38 y medio de elevación. Sus bases y elegantísimos capiteles de mármol blanco, así como el cornisamiento y el fronton que sustentan, pasan entre los artistas como acabados modelos por sus bellas y armoniosas proporciones.

Antiguamente se subía por siete gradas á este pórtico ó vestibulo, cuya profundidad es de 61 pies por 104 de anchura. Hoy se ha levantado tanto el terreno, que solo hay que subir dos escalones.

Las diez y seis corpulentas columnas que he citado se hallan en dos hileras, de modo que el pórtico solo presenta ocho en su espaciosa fachada.

En otro tiempo, el fronton estaba revestido de un gran bajo-relieve de bronce dorado; pero el papa Urbano VIII lo hizo arrancar, y con él y con la techumbre, también de bronce, que cubría el vestibulo, hizo cuatro columnas para el tabernáculo de la Basílica de San Pedro y ochenta cañones para el castillo de Sant-Angelo.

En cambio se colocaron dos mezquinos campanarios sobre este nobilísimo pórtico; campanarios que la burlona plebe romana comparó en seguida con dos orejas de burro; todo lo cual hizo prorumpir á la musa callejera en este sangriento, pero justísimo epigrama:

*Quod non fecerunt Barbari,
fecerunt Barberini.*

Urbano VIII era de la familia Barberini.

Aquí tienes una prueba mas de lo que te decía anoche á propósito de la *Vía Crucis* del Coliseo.—Los hijos de Roma no han sido nunca tan cristianos que abominen de su prosapia gentil.—Bueno que haya papas en lugar de emperadores; bueno que se conviertan en iglesias nuestros templos,—murmura por lo bajo su instinto;—pero que se respete el arte; que no se toque á nuestros monumentos paganos.

Con que entremos en el *Pantheon*.

Ya te lo he dicho: nada mas sencillo ni mas grandioso que aquella nave redonda, cubierta por una amplia y magestuosa cúpula.

El diámetro y la altura del *Pantheon* son iguales: 132 pies.—El espesor de los muros (esto no se ve, pero se sabe, y hasta se adivina) es de mas de seis varas.

Este singularísimo templo no tiene ventana alguna. La luz y el agua del cielo (esta tarde estaba cubierto todavía de nieve el centro del *Pantheon*) entran por lo alto de la bóveda, donde en vez de una *linterna* ó templete, como en todas las cúpulas, hay un gran redondel abierto, por el cual se ven cruzar las aves y las nubes.—El centro del pavimento está deprimido y tiene unos agujeros como los patios de Andalucía, á fin de que corra el agua cuando llueve.

En los mismos nichos que ocupaban hace mil quinientos años Júpiter, Marte,

Venus, Saturno y otros dioses paganos, hay altares consagrados á Jesus, á María y á algunos santos mártires.

Para concluir: en aquel angusto recinto descansan los restos del gran pintor cristiano, del principe de los artistas, del divino *Rafael*.

El sepulcro del pintor de las Virgenes, sirve como de pedestal á una imagen de María, llamada la *Madonna del Sasso*. ¡Ufano y gozoso debe de estar el místico genio á los pies de Aquella que tanto adoró y cuya soberana hermosura fue la inspiración de su vida!

Cerca de la tumba de Rafael se halla la de su prometida, la sobrina del cardenal Bibiena, muerta tres meses antes que el gran artista.

A la puerta del *Pantheon* tomé un coche y me dirigí al *Pincio*, pasando por la *Piazza Colonna*, el *Corso* y la *Plaza del Popolo*, camino que ya conocemos.

Desde la Plaza del Popolo se sube al *Pincio* por unas estensas y redobladas rampas, sombreadas por añosos árboles y adornadas de estatuas. Centenares de coches subían y bajaban por aquellas empinadas cuestas, que son otros tantos balcones escalonados en anfiteatro, desde los cuales se disfruta una soberana vista de la parte occidental de Roma, mas dilatada y comprensiva segun que se va uno elevando mas sobre la *Plaza del Popolo*.

Llegué, en fin, á lo alto del *Monte Pincio*, y encontré una gran esplanada llena de arboledas y jardines, en torno de los cuales daban amplias vueltas los coches y los ginetes, mientras que la gente de á pie se agrupaba en algunos paseos ó salones, donde las músicas de los regimientos franceses obsequiaban á los romanos con las melodías de Bellini y Donizetti.

Allí arriba me olvidé de que estaba en Roma: nada habia allí que recordase á la ciudad de los Césares ni á la metrópoli del catolicismo. Aquella multitud, aquella alegría, aquellos lujosos trenes, aquella música profana, aquellos trajes seculares y modernos, las miradas de amor que cambiaban los jóvenes, el humo de los cigarros, el crujido de la seda, el perfume de las damas elegantes, el matrimonio, representado en tantas parejas, los niños que jugaban, los oficiales que lucían su uniforme y arrastraban su espada, todo me daba idea del siglo y del siglo actual; todo me hacia creer que me hallaba en París ó en Madrid; todo me alejaba de la ciudad de los recuerdos y de las esperanzas.

Y comprendí el amor y la juventud en medio de los dos severos ascetismos que constituyen el carácter de Roma: el ascetismo filosófico que inspiran las ruinas, y el ascetismo religioso que inspiran las iglesias. Y dibujé sobre el fondo melancólico de un horizonte alumbrado por dos crepúsculos,—por el de la vida y por el de la inmortalidad,—historias de pasión, sueños de libertad, imágenes de hermosura, cánticos primaverales, todo el lirismo, todos los entusiasmos de nuestra rápida existencia.

En tanto se ocultaba el sol en el Occidente, tiñéndolo de color de púrpura. La gran masa de la Basílica de San Pedro se dibujaba en los esplendores del oca-

so, agigantada como los navios que aparecen en el límite del horizonte al declinar la tarde. En el Monte Janículo, que acababa de recorrer y del que ya me separaba toda la estension de Roma, blanqueaba todavía la nieve. El Tiber amarillento había tomado un blando tinte de ópalo, y los cipreses de *Villa Corsini* se ennegrecían y parecían cada vez mas altos, á la manera de espectros salidos de la tierra para tender sobre el mundo las sombras de la noche.

¡Hora sublime de patéticas emociones!—La niebla empezaba á envolver á la ciudad de los siglos.—La realidad se borraba tambien á los ojos del viajero, y otras regiones, y otros tiempos, y otras ciudades se presentaban á mi imaginacion.—Las campanas que resonaban allá abajo hablaban el idioma de la remota patria... La gente que bullía en torno mio tomaba la forma de seres conocidos, de prendas inolvidables...

Una hora despues, es decir, hace dos horas, me hallaba rodeado de españoles.—La dolorosa alucinacion que me angustiaba en la cumbre del *Monte Pincio*, había sido como una profecía, como un presentimiento de la consoladora escena con que ha terminado mi día de hoy.

Esta escena ha tenido lugar en el *Café Greco*, punto de reunion, como ya te he anunciado, de casi todos los artistas extranjeros que residen en Roma.

Allí tienen una sala particular los artistas españoles: allí he encontrado á mi antiguo amigo el escultor VILCHES; al pintor de batallas, FORTUNY, á quien conocí en Africa, pensionado hoy por la ciudad de Barcelona; á DIOSCORO PUEBLA, pensionado por nuestro gobierno, y pintor de gran porvenir, autor de unas *Bacantes* que acaban de ser premiadas en la Esposicion de Bellas Artes de esa villa y córte y ocupado hoy en bosquejar dos cuadros: *Las Hijas del Cid* y *San Pablo convirtiendo á una cortesana*; á FIGUERAS, escultor catalan, que ha creado, dicen, una bella estatua de *doña Marina*, la amada de Hernan-Cortés; á PALMAROLI, pensionado por los reyes de España y que pinta un cuadro de devocion que se elogia mucho; á DON ALEJO VERA, pensionado particular, que bosqueja un cuadro, el *Martirio de San Lorenzo*, destinado á la futura esposicion española; á MARCIAL, á FRANCÉS, á ROSALES, y á otros cuyos nombres no recuerdo: allí he visto tambien á un jóven fotógrafo vascongado, el SEÑOR MOLINS, cuyo establecimiento tiene gran nombradía en Roma; á DON FERNANDO FERNANDEZ DE VELASCO, agregado á nuestra embajada, persona de gran instruccion é ingenio; á mi querido amigo el delicado poeta AMOS ESCALANTE; al SEÑOR BALEZ, agregado tambien á la embajada española; al distinguido compositor catalan DON MARIANO SORIANO FUENTES; á los SEÑORES ARNAU y GUARDIOLA, empleados en los ferro-carriles romanos, que se construyen por nuestro célebre compatriota el señor Salamanca; al presbitero DON RAMON PUJOLS, escelente sugeto, capellan de la iglesia de Monserrate, y en fin, á otros varios españoles, *dispensandos* en su mayor parte.—No estaban allí ya (pero si estaba su recuerdo) GISEBERT y CASADO, ó sean los autores de los *Comuneros* y de los *Carvajales*: uno y otro artista partieron hace poco tiempo para España, llevándole dos obras que, segun he visto en los perío-

dicos, han llenado de orgullo y regocijo á la patria de Zurbarán y Velazquez. Tambien te recordaban á tí,—y te lo digo directamente, porque sé que has de leer el libro de que formará parte esta carta;—tambien te recordaban á tí en el *Café Greco*, ¡oh GERMAN HERNANDEZ, mi buen amigo, que pasaste allí tantos años, de codos en aquellas mesas, dejando fluctuar tu espíritu entre las ilusiones del arte y las melancólicas memorias de la patria; á tí, el idólatra de la belleza pagana, que no supiste abandonar á Roma sin hacer de una de sus hijas la compañera de tu existencia!... Allí te recordaban y allí te recordé, porque muchas veces me habias hablado de aquel ahumado templo de tus ilusiones de artista!

Desde el *Café Greco*, donde he permanecido dos horas, creyéndome en el Café Suizo de Madrid, y donde hemos pasado revista á media España, me he venido al hotel, mas triste aun que me encontraba esta tarde en el Pincio...

Es el presentimiento del día que me espera mañana... ¡Mañana, día de Noche-Buena!

V.

La Noche-Buena en Roma.

...«Noche bendita!... cantan los niños sencillas y tiernas coplas; rien los padres tristes, y hablan los taciturnos; bendicen á Dios las mujeres abandonadas, al ver una mirada de amor en los ojos del esposo... y en tanto los viejos, que ya no existen como actores de la vida, sino como testigos de la vida de otros, casi se consuelan de la proximidad de la muerte, al encontrarse reproducidos en sus hijos y en sus nietos...»

Creo que no ignoras, amigo mio, el recogimiento y el respeto con que saludo yo todos los años el día de Noche-Buena. Para mí es esta la mas santa efeméride de la vida; un religioso aniversario que celebran todos mis afectos en el ara de la memoria; la fecha en que recapitulo mi pasado, desando mis años uno á uno, evoco á mis muertos queridos, busco con la imaginacion á mi familia y vivo mentalmente en su amoroso seno; la fecha tambien en que dirijo al porvenir una inquieta mirada, queriendo descubrir entre las vagas sombras de los años futuros la fórmula de mi destino, mi familia venidera, la *desconocida* que ha de ser mi esposa, los seres que serán mis hijos, la casa que presenciara mis patriarcales goces de la vejez, la tumba que recogerá mi cadáver...

Mas de una vez he escrito y publicado mis solemnes emociones de este día. Hace cinco años apareció *La Noche-Buena del poeta*, en que lloré la soledad del hijo-pródigo que busca afanado un techo amigo bajo el cual pasar la noche pascual y no lo halla: mas tarde publiqué unos *Episodios de Noche-Buena*, en que pintaba las alegrías de los hijos de Madrid durante todo el día de hoy: el año pasado, en fin, tracé á la luz de una hoguera, en los montes de Africa, unos párrafos que titulé *La Noche-Buena del soldado*.

En todos esos escritos he consignado ya cuanto pudiera decir aquí acerca de lo que experimenta el que vaga por el mundo como un ave de paso, cuando, al